

Julian
Baggini

«Sencillamente
extraordinario.»

Joanna
Kavenna

El Evangelio sin Dios

¿Fue Jesús un gran
maestro de moral?

«Esencial.»

Gavin Esler



PAIDÓS

Del autor de
*Cómo piensa
el mundo*

JULIAN BAGGINI

EL EVANGELIO SIN DIOS

¿Fue Jesús un gran maestro
de moral?

Traducción de Pablo Hermida Lazcano

PAIDÓS Contextos

Título original: *The Godless Gospel: Was Jesus a Great Moral Teacher?*,
de Julian Baggini

Originalmente publicado en inglés por Granta Books.

Publicado por acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency

1.^a edición, septiembre de 2023

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Julian Baggini, 2020

Julian Baggini asevera su derecho moral a ser identificado como autor de esta obra.

© de la traducción, Pablo Hermida Lazcano, 2023

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Planeta, S. A., 2023

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-4127-4

Maquetación: Realización Planeta

Depósito legal: B. 12.681-2023

Impresión y encuadernación en Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Impreso en España – *Printed in Spain*



SUMARIO

Primera parte

LA FILOSOFÍA MORAL DE JESÚS DE NAZARET

Introducción	11
1. Una revolución del alma	21
2. Una cuestión de carácter	31
3. Una revolución de la ley	45
4. La renuncia al mundo	61
5. La renuncia a la política	81
6. Hacerse humilde	95
7. Sin juzgar	113
8. Contra los valores familiares	133
9. Sembrando las semillas de la división	147
10. El bien sin Dios	161
Conclusión	181

Segunda parte

EL EVANGELIO SIN DIOS

Una nota sobre el texto	195
1. El comienzo	197

2. El sermón de la montaña	201
3. El sermón de la montaña (continuación)	207
4. Siguiendo a Jesús	211
5. Enseñanzas en Cafarnaúm	215
6. Viajes y enseñanzas.	219
7. Parábolas	225
8. Entre pecadores	233
9. Más parábolas.	241
10. Filosofías radicales	245
11. Problemas en Jerusalén	253
12. La trampa está tendida.	261
13. Juicio y ejecución	267
Notas de la primera parte	275
Referencias de las fuentes de los cuatro Evangelios de la segunda parte.	283
Agradecimientos.	289
Índice onomástico y de materias	291

CAPÍTULO

1

Una revolución del alma

Después del cuento del bebé nacido en un pesebre en Belén, la segunda historia de Navidad más famosa del mundo es, sin duda, *Cuento de Navidad*, de Charles Dickens. Se trata de un relato costumbrista de un cascarrabias avaro y mezquino, Ebenezer Scrooge, que es obligado a enfrentarse a la verdad acerca de su propio pasado, presente y futuro por tres espíritus que lo visitan en Nochebuena. Cuando el último de esos espíritus le muestra su propia tumba abandonada y no querida, a Scrooge le embarga la inquietud de que sea demasiado tarde para cambiar, demasiado tarde para ser redimido: «Espíritu Bondadoso... ¡Asegúrame que todavía estoy a tiempo de cambiar estas sombras que me has mostrado si transformo mi vida!».

Pese a su dulzón sentimentalismo, el mensaje central del libro es una versión fiel pero familiar de una de las principales enseñanzas de los Evangelios. Lo que necesitamos por encima de todo es un *cambio de actitud*. La palabra griega empleada en el Nuevo Testamento es *metanoía*, un compuesto de *meta* ('después' o 'con') y *noeo* ('percibir' o 'pensar'). La mayoría de las veces se traduce como «cambio de mentalidad y de corazón» o «cambio de conciencia». Esto es lo que experimenta Scrooge. Pasa de ser una persona mezquina a una bondadosa y generosa, de ser despiadado a compasivo,

de egoísta a abnegado. Sus acciones cambian completamente como resultado de su cambio de actitud.

Leyendo *El Evangelio sin Dios*, me parece evidente que la *metanoia* está en su núcleo. Jesús está llamando nada menos que a una revolución del alma. Es una pena que, en el léxico tradicional del cristianismo, *metanoia* se haya convertido en *arrepentimiento*, que sugiere la primacía de confesar nuestros pecados. Esto oscurece el sentido original de una transformación del yo.

Podríamos concebir el arrepentimiento como una cuestión de *transformación interior*, pero Nick Spencer advierte que eso es potencialmente engañoso. Spencer sostiene que la actual idea de sentido común del yo como esencialmente interior y privado resulta anacrónica si se aplica a las enseñanzas bíblicas. Muchos han argüido que solo se generalizó en Occidente a partir de Descartes, quien, en el siglo XVII, identificó el yo con una esencia consciente y privada: «Pienso, luego existo». Hay buenos motivos para creer que, en numerosas culturas a lo largo de la historia, no se ha dado la misma importancia a los aspectos privados y subjetivos de la experiencia. Lo más habitual ha sido que las personas se considerasen a sí mismas primordialmente como seres que existen en relación con otros, no como unidades atomizadas e independientes. Es importante tener esto presente a la hora de pensar en cómo Jesús buscaba una transformación del yo. Para Jesús y sus coetáneos, ese yo nunca es puramente interior. Se halla esencialmente ligado a lo exterior, en particular a nuestras relaciones sociales.

Teniendo esto en mente, deberíamos entender la *metanoia* no solo como un cambio de nuestro ser interior, sino como una transformación que afecta a nuestra manera de comportarnos y de relacionarnos con los demás. Lo que denominamos *interior* y *exterior* son dos caras de la misma moneda. Si creemos tener buenas intenciones, pero obramos mal, eso demuestra que a nuestro cultivo moral le queda un largo camino por recorrer. Si realizamos las acciones correctas sin las intenciones correctas, solo somos virtuosos en apa-

riencia, no en la realidad. Es como la diferencia entre hacer un regalo por cariño genuino y hacerlo porque sabemos que eso es lo que se espera de nosotros. El acto físico es el mismo, pero su naturaleza y su significado son completamente diferentes. Para Jesús, tenemos que hacer lo correcto porque estemos motivados a hacerlo por las razones adecuadas. Nuestras buenas obras deberían dimanar del estado de nuestro yo, que, como veremos, nunca es perfectamente bueno (ni siquiera Jesús lo es), pero está aspirando a la perfección como una meta inalcanzable.

Cuando Jesús lava los pies de sus discípulos, es como si estuviera representando una parábola acerca de la importancia de lograr la verdadera pureza que se expresa en la acción (Sin Dios 5, 21-30). La clave no está en la limpieza literal. De hecho, el lavatorio purifica a aquel que lava más que al que es lavado, toda vez que le permite practicar la humildad y el servicio. Que esto es un acto simbólico queda patente cuando Simón Pedro, que inicialmente no quería que su maestro lo sirviera, cambia de parecer y le suplica: «Señor, no solo los pies, sino hasta las manos y la cabeza». Jesús le responde: «El que se ha bañado, no necesita lavarse; está del todo limpio. Y vosotros estáis limpios, aunque no todos». La limpieza a la que se está refiriendo es claramente espiritual, y da a entender la traición que Judas va a cometer pronto.

Para muchos cristianos, la idea de la *metanoia* está ligada a la idea de *volver a nacer*. Esto tiene su sentido, dado que el cambio radical de actitud es una profunda transformación que requiere abandonar nuestra vida pasada. Ahora bien, *volver a nacer* ha pasado a referirse a un *acontecimiento* transformador de la vida, en tanto que para Jesús era un *proceso* sin fin. Como explica el filósofo John Cottingham, eso es «lo que los benedictinos llaman conversión de la vida, que es un proyecto que dura toda la vida. No se trata de un estruendo después del cual ya estás salvado».

Cottingham me dio clase en mis años universitarios en Reading a finales de la década de 1980, y hemos mantenido el contacto des-

de entonces. Cottingham posee una generosidad intelectual que yo siempre he tratado de emular. Recuerdo una clase en la que alguien le hizo una pregunta que me pareció tan estúpida que costaba creer que quien la había formulado hubiera estado prestando algo de atención. Cottingham no la emprendió con aquel estudiante como con una mosca molesta, como podría haber hecho fácilmente. Se detuvo a pensar y luego ofreció una respuesta que hizo que la pregunta pareciera más razonable de lo que era. Como me confirmaría más tarde, acostumbra a preguntarse qué preocupación seria y genuina podría estar tratando de expresar incompetentemente un interrogador. Aquella fue la mejor demostración que yo he visto del principio de caridad en acción. Si hubiera más personas que lo emplearan en sus discusiones acerca de la religión, tendríamos más entendimiento y respeto mutuos, y menos incomprensión y mofa.

La paradoja de la *metanoia* consiste en que esta requiere una aguda atención a nuestro yo, pero el resultado es que nos volvemos más abnegados. Versiones de esta paradoja aparecen en muchas religiones y tradiciones de sabiduría, especialmente en varias tradiciones índicas y budistas. Todas ellas comparten el objetivo de llegar a estar menos apegados a nuestro ego. La única forma de hacer esto es trabajar muy duro sobre nuestro yo con el fin de aflojar ese apego.

El pensamiento cristiano también tiene sus versiones de la pérdida del yo. La palabra que mejor expresa esto es *kénosis*, que significa literalmente ‘vaciamiento’. A los cristianos se les pide que sigan el ejemplo de Jesús, quien tuvo que vaciarse de su propia voluntad con el fin de seguir la voluntad de Dios. En su segunda epístola a los filipenses, Pablo dice que Jesús «se despojó de sí mismo [...] se humilló a sí mismo obedeciendo hasta la muerte» (Filipenses 2, 7-8).¹ La *kénosis* es un concepto particularmente importante en el cristianismo ortodoxo, pero la idea básica resuena en otras denominaciones.

Para Lucy Winkett, la *kénosis* es lo que torna distintivo y espe-

cial el mensaje cristiano. Muchas tradiciones tienen versiones de la regla de oro (trata a los demás como desearías ser tratado), pero, a su juicio, estas tienden a ser formas de una «ética de la reciprocidad, que es más transaccional que sacrificial. Para Jesús, no hemos de poner el foco de atención tanto en ese “trata a los demás como desearías ser tratado”, cuanto en “haz lo que yo he hecho contigo”. Ese es el nuevo mandamiento del Jueves Santo [el día de la Última Cena antes de su crucifixión], cuando lava los pies a sus discípulos. Todo ese paradigma del lavatorio de pies es la *kénosis* de la que habla san Pablo, la ética del autovaciamiento, que no es lo mismo que tratar a los demás como te gustaría ser tratado. Eso es lo que me atrapa: una persona libre, con dignidad, decidiendo arrodillarse para lavarle los pies a otra persona».

Aunque la *kénosis* parece ser un concepto teológicamente cargado, no es difícil interpretarlo en términos laicos. La *kénosis* secular requiere vaciarnos a nosotros mismos de nuestros deseos egoístas y hacer lo correcto. Por ejemplo, no supone demasiado esfuerzo reconocer esta clase de *kénosis* en el imperativo del filósofo Immanuel Kant de seguir nuestros deberes morales o en el mandato utilitarista de maximizar el bienestar de todos.

La imagen cristiana del autovaciamiento y el cambio de actitud es extremadamente poderosa y sugiere una suerte de destripamiento espiritual. En cierta ocasión, Jesús emplea esta metáfora con resultados extremos, instruyéndonos a arrancarnos el ojo derecho o a cortarnos una mano o un pie si nos hacen pecar (Sin Dios 2, 28-30). Es evidente que tales comentarios no deberían tomarse al pie de la letra. Lo que nos induce a hacer el mal no son nuestras extremidades ni nuestros órganos. Esta es simplemente una manera gráficamente vívida de explicar cuán profunda ha de ser la *metanoia*. «Más vale que entres manco en la Vida que, con las dos manos, ir a la gehena, al fuego que no se apaga.» Dada la naturaleza figurativa del pasaje, no es difícil no interpretar tampoco literalmente el infierno. En el infierno estamos alienados de lo mejor de nosotros mismos y

atrapados en una forma inferior de existencia. Para escapar necesitamos reconocer que vivir una vida buena es más importante que vivir una vida saludable o próspera. Y aunque nos detendríamos en seco ante la automutilación como un medio para evitar el pecado, no estamos tan lejos de hacer justamente eso cuando consideramos la castración química o la medicación para refrenar los impulsos violentos.

Estas metáforas de la automutilación son buenos ejemplos del uso del lenguaje simbólico por parte de Jesús. Su tendencia a la exageración deliberada es algo de lo que muchos teólogos nos advierten que hemos de tener cuidado. Su estilo no era el de la fría sala de seminario. «Debemos entenderlo en el contexto de toda una línea de profetas judíos —dice Cottingham—. A lo largo y ancho de la Biblia hebrea, la verdad es que la gente se pone de vuelta y media.»

El vicario Brian Mountford coincide con Cottingham en que «La tradición profética adopta con frecuencia una posición extrema y exagera sus argumentos. Decirle la verdad al poder de una manera profética puede requerir asimismo acciones que a muchos se les antojen poco razonables». Él lo comparaba con las personas que habían estado protestando contra el cambio climático en Londres en la época de nuestra conversación. «En realidad no pueden justificar la interrupción de todo el tráfico de Londres, pero lo harán porque saben que así conseguirán ser escuchados. Creo que hay algo de eso en las enseñanzas de Jesús.»

No me sorprendió oír a Mountford hablando a favor de los disruptores radicales. Cuando era vicario de la iglesia de la Universidad de Oxford, acostumbraba a invitar a ateos de vez en cuando a dar un sermón, y en cierta ocasión me escogió a mí. Como sugiere el título de su libro *Christian Atheist* [Ateo cristiano], Mountford se sitúa en un extremo muy liberal del espectro cristiano.

Las vívidas y a veces violentas imágenes de parte del lenguaje de Jesús no son meras florituras estilísticas. Son también un indicio

de cuán desafiantes y contraculturales son sus enseñanzas. La revolución del alma es una ardua empresa que cuestiona nuestras prioridades ordinarias, incluidas las morales. Tanto la *metanoia* como la *kénosis* nos exigen que nos centremos en desarrollar una pureza de espíritu que está en tensión con el énfasis de Jesús en el amor y la compasión.

Consideremos la historia de las hermanas Marta y María. Cuando Jesús las visita, Marta se encarga de todo el trabajo duro de la anfitriona, mientras María se sienta a hablar con él. Comprensiblemente, Marta se queja, pero Jesús le dice que María tiene claras sus prioridades: «Marta, Marta, te preocupas y te agitas por muchas cosas; y hay necesidad de pocas, o mejor, de una sola. María ha elegido la parte buena, que no le será quitada» (Sin Dios 6, 28-30). Marta está demasiado preocupada por atender bien a Jesús y no lo suficiente por cultivarse a sí misma. María se ocupa de sí misma, y Marta, de sus invitados, pero es a María a quien Jesús elogia, desestimando la aparente amabilidad de Marta como un exceso de ansiedad y preocupación.

Cabría decir que este aspecto de las enseñanzas de Jesús contiene una de las semillas del individualismo que se ha apoderado progresivamente de la cristiandad. El judaísmo se centraba en el grupo, el pueblo elegido. Puede que los ritos y las normas no siempre sirvieran a un elevado propósito moral, pero formaban parte del tejido que mantenía cohesionada la sociedad. Jesús se centró menos en la relación entre Dios y su pueblo y más en la relación entre Dios y cada individuo. Como dice Nick Spencer: «Tu relación con Dios, en última instancia, es independiente de todas las demás relaciones que tengas a tu alrededor».

Jesús tiene poco positivo que decir sobre cualquiera de las cosas que se centran en el grupo más que en la salud moral del individuo. De hecho, decía reiteradamente a las personas que la *metanoia* les exigía que dieran la espalda a la tradición, a sus familias y a sus lealtades tribales, y que se concentraran en lo que hoy denominaríamos

crecimiento personal, si bien de una clase muy diferente. Para Cottingham, la *metanoia* significa que «para cada uno de nosotros existe una tarea que estamos llamados a llevar a cabo. Esta es, por una parte, una cuestión de purificación, descartando los impulsos dañinos, frustrantes y orientados hacia nosotros mismos, y, por otra parte, consiste en orientarnos hacia un bien objetivo. Al hacerlo, encontramos el alma o el yo que estamos destinados a ser». Si nos apartamos de esta tarea consistente en llegar a ser quienes deberíamos ser, perdemos, en efecto, a quienes verdaderamente somos. Esto es lo que advierte Jesús cuando dice: «Pues ¿de qué le servirá al hombre ganar el mundo entero si arruina su vida? O ¿qué puede dar el hombre a cambio de su alma?» (Sin Dios 4, 15). Como dice Cottingham: «Hay un yo primordial que estás llamado a ser y ninguna cantidad de éxito, de dinero ni de cualquier otra cosa compensará la pérdida de ese yo».

Decir que Jesús contribuyó al nacimiento del individualismo moderno no equivale a decir que Jesús promovió el egocentrismo egoísta. El grado de nuestro progreso en el autodesarrollo se mide en función de cómo influye nuestra manera de obrar y, en particular, nuestra forma de tratar a los demás. No obstante, no es demasiado descabellado sugerir que el énfasis de Jesús en el individuo ayudó a crear las condiciones en las que podría florecer la clase equivocada de egoísmo. Ese no es motivo para rechazar las enseñanzas originales que dieron origen al individualismo moderno. En todo caso, es una razón para regresar con más atención a la fuente y ver con más claridad la diferencia entre el autocultivo egoísta y la alternativa más altruista.

Por supuesto, la gente pregunta qué sentido tiene la *metanoia* si no existe ningún Dios ni ninguna fuente trascendente de valores morales. ¿Por qué habríamos de estar motivados a buscar un cambio de actitud sin Dios? ¿Acaso los seres humanos somos capaces siquiera de obrarlo sin la asistencia divina? Consideraremos todas estas cuestiones a su debido tiempo.

He quedado un tanto sorprendido al descubrir lo fácil que resulta describir las ideas de Jesús acerca de la *metanoia* autotransformadora sin necesidad de esforzarse por desvincularlas de su contexto religioso habitual. Eso no significa que Jesús se viera a sí mismo como un maestro de moral laica. Ni siquiera está claro que un concepto semejante hubiera tenido sentido en su tiempo. No obstante, todos podemos comprender la nobleza del intento de purificarnos de nuestros deseos más bajos, de vaciarnos de pensamientos egoístas y de centrarnos en ser buenas personas. También podemos entender que una vida egoísta no es una vida deseable, toda vez que nos deja atrapados en el mundo de nuestros propios deseos irrealizables. Todo esto puede comprenderse sin recurrir a Dios ni al cielo. Las enseñanzas de Jesús sobre el autocultivo moral pueden desarraigarse del suelo judío en el que crecieron y echar raíces en tierra atea.